La Novela Exqui

1

232726



HEMEROTECA MADRID

MUJERCITAS MODERNAS

POR LUIS LEON

1

232726

47/1505613

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

Mujercitas modernas

47/1505613

Administración
Doctor Esquerdo, 6
:: Madrid ::

BIBLIOTECA MADRID

La Novela Exquisita

AÑO II — NÚM. 62

Mujercitas modernas

POR

LUIS LEÓN

Ilustraciones de ZALA

R. 3229249

LA NOVELA EXQVISITA

En el número próximo publicaremos una novela titulada

Escuela de fundación

POR

RENÉ SAMBLÓN

ILUSTRACIONES DE ZALA

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

I

Marta y Maruja eran las amigas que se trataban con más confianza y cordialidad en todo el colegio. Siempre estaban juntas; en las horas de recreo, en vez de dedicarse a jugar como las demás colegialas, enlazaban sus manos por detrás de la espalda y se dedicaban a pasear, charlando animadamente por las estrechas avenidas de la huerta...

Sus caracteres y sus temperamentos no podían ser más opuestos...; y esta divergencia era, quizá, lo que más les hacía congeniar. Marta era rubia, romántica, soñadora, menuda y de redondeces suaves y armónicas; Maruja, alta, morena, ardiente, sensual, de formas angulosas y varoniles...

Cuando veían un muchacho, Marta pensaba en el príncipe encantado que llevaba grabado en su corazón y en su mente, y Maruja en el hombre, muy hombre, que la hiciese enloquecer a fuerza de caricias.

* * *

Sentadas muy juntas, en un banco de la huerta, hablaban animadamente las dos amigas.

—¿Sabes que, al fin, he convencido a mi madre?—preguntó Marta sin poder disimular su alegría.

—¿Sí?...—exclamó Maruja satisfecha.

—Esta mañana he tenido carta suya, y me dice que cuando llegue el verano me sacará del colegio y no volveré más.

—¡Qué estupendo!

—Tú no sabes lo preocupada que estaba yo, pensando que el curso siguiente tenía que venir otra vez, sin estar tú aquí... Me hubiese muerto de pena...

—No tanto...

—¿Que no?... ¿Tú sabes lo que sería estar encerrada meses y meses, sin poder hablar con nadie, sin poder confiarse a nadie?... Porque buenas son las demás para que las vaya una con el cuento de ciertos detalles...; se ríen, y la llaman a una romántica y estúpida, y no sé cuántas cosas más...

—Es verdad.

—Por eso estoy loca de contento, pensando que voy a salir de aquí para siempre y al mismo tiempo que tú...

—Nos vamos a pasar un verano colosal...

—Como yo no me lo esperaba...; además, este año termina Gonzalo la carrera... Figúrate lo contento que estará...

—En cambio, Gabriel...; yo no sé qué voy a hacer con ese charrán... Ahora me escribe diciéndome que no se presenta a examen porque no quiere darle a los profesores el gusto de que lo suspendan...; que de alguna manera se ha de vengar él de los malos ratos que le hacen pasar... Lleva cinco años en la Universidad y todavía va por el segundo de Derecho... Merecía que lo picaran, y que yo le jugara una mala pasada...; pero es tan simpático el muy ladrón...; dice las cosas de una manera..., y hace..., bueno, no te quiero decir lo que hace, por no sacarte de quicio...; pero, sobre todo, sus besos..., tienen un sabor..., una dulzura... ¿Tú no has besado nunca a Gonzalo?

—¿Yo?...

—No te vayas a sofocar ahora... Cuando te has puesto tan colorada es que sí...

—Pero una vez nada más...; al despedirme de él...

—¿Y no te vuelves loca cuando besas a un hombre?

—Cuando beso a un hombre, no; cuando lo beso a él...

—Bueno..., ahora porque es ése...

—Y lo será siempre...

—No sé por qué me parece que Gonzalo es un raro, o que lo eres tú...

—¿Por qué?...

—Porque eso de no besarse más que a la hora de las despedidas...

—Es que nos despedimos todas las noches...

—Acabáramos...

—Yo no sé lo que me pasa con él...; pero siento un placer tan dulce, tan espiritual, con sus caricias, que sería capaz de todo lo que me propusiera... A su lado pierdo la noción de las cosas que llevo más arraigadas en mi alma...; me vuelve loca..., me pone frenética...

—No sabía yo que lo quisieras de ese modo...

—Con toda mi alma...

—Pues yo quiero más al mío, porque lo adoro también con todo mi cuerpo...

*

* *

Un rápido repiquetear de la campana, anunciando que el recreo había terminado, cortó la conversación de las amigas... Sin embargo, aun tuvo tiempo Maruja para preguntar:

—¿Quieres que sigamos hablando esta noche?

—¿Dónde?

—En el dormitorio...

—No me atrevo.

—¿Por qué?

—Es muy peligroso... Una vez nos van a coger, y no quiero pensar lo que nos harían...; además de la vergüenza que pasaríamos las dos..., porque Dios sabe lo que muchas pensarían...

—Siempre con tus temores... ¡Anda, tonta!... Por una noche más...

—Bueno...; pero te vienes tú a mi cama...; y tarde..., muy tarde...; cuando estés segura de que todas se han dormido...

—Yo me haré la ilusión de que tú eres Gabriel...

—Y yo de que tú eres Gonzalo...

—Pero a ver si estás más animada que la última vez... Lo que es si mi chico estuviese en tu pellejo, en seguida se iba a contentar con tenerme abrazada...

—Es que temo hacer ruido... Figúrate que se despierta alguna..., con lo acusonas que son casi todas, y la rabia que nos tienen por lo bien que nos llevamos...

—Bueno, bueno; yo me encargaré de animarte.

*
* *

Iba ya mediada la noche, cuando Maruja, con todo el cuidado que pudo, se tiró de la cama y se introdujo en la de Marta... Las dos amigas se abrazaron con todas sus fuerzas...; de vez en cuando desplegaban sus labios para iniciar un beso apagado y suave...

Cualquiera que las hubiese visto, hubiera pensado que eran dos pervertidas precoces..., y, en realidad, no podía ser aquel fuego más inocente..., porque sus cuerpos, aun casi adormecidos para las sensaciones del amor, no vibraban, no se estremecían... Gozaban únicamente de un placer ilusorio, pensando cada una que la otra era el hombre a quien habían entregado su alma y ansiaban entregarle su cuerpo.



II

—¿Sabes cuál es la mejor combinación para que nos dejen salir solas con los novios?—preguntó Maruja a Marta, una tarde que estaba en casa de ésta, a los pocos días de salir de vacaciones.

—Tú dirás—respondió Marta.

—Pues yo le digo a mi madre que salgo contigo y con la troga; tú le dices a la troga que sales conmigo y con la niña, y así nos dejan en absoluta libertad.

—Y el día que se enteren de que las hemos estado engañando...

—Ya veremos lo que sucede; pero hasta entonces nos daremos el gustazo de ir con nuestros chicos donde nos dé la gana..., como dos modistillas..., como dos chulillas madrileñas... ¡Si vieras la envidia que les tengo a las modistillas!...

—¿Por qué?

—Porque hacen lo que quieren...

—También trabajan mucho...

—Sí...; pero de una manera alegre, simpática..., charlan-



do unas con otras, contándose cosas para matar el tiempo... Lo molesto del trabajo no es lo que se hace, sino lo que nos sujeta...; y más sujeción que tenemos nosotras... Yo quisiera ser libre, independiente, volar, correr mundos..., aunque fuera pasando malos ratos...; pero estar siempre encerrada entre cuatro paredes y no tener más aliciente que algún paseíto por la tarde y alguna sesión de cine, siempre con la mamá al lado..., es para desesperarse...

—¿Y Gabriel, qué te dice?

Lo mismo que yo...: que este plan de cartitas y señas por el balcón no le seduce...; que para estragar su cerebro buscando frases de amor, en vez de dedicarse a novio, se dedicaría a novelista, y con eso ganaría honra y provecho; y que él no concibe el cariño a distancia y mirando hacia arriba..., sino todo lo contrario...; y que tiene vocación de hombre... Total, que si siguen las cosas así, me parece que me va a dejar..., y eso no...; yo estoy dispuesta a todo antes que a perderlo... Es mucho cariñazo el que me ha hecho tomarle para que lo deje escapar así como así... Por eso te digo que si quieres ayudarme a salir sola con él; y, si no, que me buscaré otra combinación.

—Yo, con el alma y la vida... A lo que no me atrevo es a hacer lo mismo...

—Siempre serás una tonta...; por ese camino no conseguirás nada...

—Es que como yo hablo con Gonzalo por un balconcito bajo, ya me expansiono bastante... ¿Por qué no utilizas tú el otro que hay en mi casa?...

—Porque no... Pues sí que nos íbamos a lucir... Dos novios juntos y viéndose el uno al otro... Te estropeaba tus despedidas..., y tú a mí todas mis conversaciones...

—Bueno..., entonces haremos eso...; pero ¡voy a pasar unos sustos!...

*
* *

A los dos días de esta conversación, Marta y Maruja, acompañadas de sus respectivos novios, iban por la carretera del Pardo, buscando un merendero de la Bombilla... Delante marchaban Marta y Gonzalo, hablando sosegadamente, a prudente distancia, como si llevaran detrás a alguien que les vigilara; luego iban Maruja y Gabriel, con los brazos enlazados, con las manos acariciándose, con los cuerpos muy unidos y sorbiéndose con los ojos...

—Mira qué sosos van ésos...—dijo Maruja a Gabriel, señalando a la otra pareja.

—Como que no hay en el mundo quien sepa querer como yo—respondió Gabriel, con cierto dejo de chulería distinguida.

—¿Y yo?... ¿Es que no estoy loca, lo que se llama loca por ti?...

—¡Psch!... Tú no me quieres...; tienes el capricho de un novio..., y nada más...

—No me digas eso, que te muerdo... ¿No ves todo lo que hago por ti?... Porque si mi madre se entera de que salgo sola contigo, figúrate a lo que me expongo...

—Eso lo hace también Marta..., y no creo que la tomes por modelo...

—Pero lo hace porque yo la incité...; ella no se hubiera atrevido...

—Además, esto no es salir solos... Mientras llevemos a ese par de pelmas con nosotros, tenemos que dedicarnos a practicar la santidad...

—Para eso los hemos echado delante.

—Es que si no fuera por ellos ahora mismo te iba a llevar yo a un sitio..., para que te convencieras de lo que era quererse de verdad...

—¿Adónde?

—A un reservado...

—¿Qué es eso?

—Un cuartito pequeño donde estaríamos nosotros completamente solos...

—Te iba a gustar demasiado...

—¿Y a ti no?

—También...

—¿Entonces, por qué no nos escapamos?

—Para ser el primer día conténtate con lo que tienes...

—Me sabe a poco.

—Y a mí...; pero todo se andará, con tal de no correr mucho...

Entraron en un merendero y se sentaron los cuatro a una mesa. Gabriel encargó al camarero unas raciones de mariscos y de fiambres...; luego pidió, para su amigo y para él, unas cañitas de manzanilla, y preguntó a las dos muchachas:

—¿Y vosotras, qué queréis beber?

—Yo, cerveza, si está muy fresca...—respondió espontánea Maruja.

—Yo no sé...—vaciló Marta—; porque la cerveza no me gusta..., y el vino me marea...

—¿Una gaseosita?—intervino el camarero...

—Bueno—repuso Marta, casi avergonzada de que no se le ocurriera pedir nada.

Comieron y bebieron alegremente... Marta era la única que estaba azorada, pensando en que alguien pudiera verla...; los demás charlaban y reían con despreocupación...

Una pequeña banda tocaba en un quiosco un tango exótico, procurando darle un aire castizo...; un gran número de parejas se movía al compás de la música cadenciosa.

—¿Qué, bailamos?—preguntó Gabriel disponiéndose a levantarse.

—Si no sabemos ninguna...—respondió Maruja sonriendo—; somos un par de pavas...

—Pero eso se aprende en seguida—insistió Gabriel—. Todo es dejarse llevar.

—¿Nos lanzamos?—preguntó Maruja, resuelta, a su amiga.

—Yo no...; se van a reír de mí...

—Siempre con tus miedos... Pues yo sí me decido...; alguna vez había de ser la primera.

Se levantó Maruja. A Marta no hubo manera de convencerla...; se hubiera muerto de vergüenza si hubiese tenido que salir a exhibirse abrazada por su novio, como hacían las demás mujeres...

Gabriel abrazó fuertemente a Maruja y empezaron a bailar...; no parecía ella una iniciada; al contrario, cualquiera que la hubiese visto, hubiera pensado que era casi una profesional... Su oído excelente y su agilidad la sirvieron de mucho... Además, Gabriel era un as de la danza...; muchos de sus éxitos amorosos y galantes con modistillas y pecadoras, que eran los dos géneros que más cultivaba, dependieron casi exclusivamente de que todas las aficionadas se volvían locas por bailar con él.

—¿Sabes que eres una artista?—preguntó Gabriel a su novia, entusiasmado al verla bailar tan bien—. Si no fuera porque en todo te creo, pensaría que no es la primera vez que bailas, ni mucho menos.

—¡Cállate, que me haces perder el compás—contestó Maruja, que tenía sus cinco sentidos puestos en la danza.

—Si es que me parece mentira que lo hagas tan estupendamente... Y que para mí esto del baile es una cosa de la que no podría prescindir... ¡Es tan bonito, dice tanto..., se goza tanto con él!... Porque si no estuviéramos bailando, cualquier día podía abrazarte delante de tanta gente, y estrujarte así contra mi cuerpo, y sentir los latidos de tu pecho y de toda tu carne...

—¡Calla, Gabriel, que me pones mala con esas cosas que me dices!...

—Pero te pongo mala de placer, de ilusión... ¿No es eso?...

—Sí...; pero calla...

—¿Y qué tal estaría una danza, al compás de una música nuestra, de nuestras palabras de amor y nuestros suspiros de emoción, con nuestros cuerpos desnudos, con nuestros labios confundidos, con toda nuestra sangre palpitando a la vez?

—Calla, Gabriel, que pienso que es verdad lo que me dices y estoy para caerme muerta.

—¿Verdad que parece que sientes mis caricias, que saboreas mis besos?... No hay nada como el baile para quererse, para adorarse con toda el alma y con todo el cuerpo...

Cesó la música... Maruja y Gabriel fueron a sentarse...; ella iba rendida, fatigada, como si la hubiesen sometido a un

esfuerzo supremo. Luego volvieron a bailar una vez y otra, hasta que llegó la hora de la retirada...

*
* *

En un tranvía de la Bombilla regresaron los cuatro hacia el centro. Gabriel, apretándose contra Maruja, la preguntó:

—¿Qué tal has pasado la tarde?

—Demasiado bien.

—¿Te ha gustado bailar?

—Me ha parecido una delicia.

—Pues aún hay cosas mejores.

—¿Mejores?

—Eso es una especie de *vermouht* de lo que yo pienso enseñarte...

—Me vas a volver loca, Gabriel.

—¿No me tienes tú a mí sin juicio?

—Cuidado que es hermoso esto de quererse...

—Pues cuando aprendas lo demás...

—¿Me lo vas a enseñar pronto?

—El día que te decidas a que salgamos solos... absolutamente solos...

—Ya veremos...; pero no me lo digas dos veces, porque temo decidirme...

—Si es por eso, te lo diré doscientas...

En la Plaza de España se separaron las dos parejas; cada uno acompañó a su novia hasta cerca de su casa, quedando antes convenidos en repetir la deliciosa escapada de aquella tarde.

III

La moto corría veloz por la carretera del Pardo... De vez en cuando, Maruja tocaba en un codo a Gabriel, y le decía, un poco asustada:

—No vayas tan de prisa, chiquillo, que nos vamos a estrellar...

Pero él no hacía el menor caso a las advertencias de la muchacha, y seguía corriendo a toda velocidad...

Torcieron hacia la carretera de Galicia, y al poco tiempo de marchar por ella se detuvieron ante un merendero. Saltaron al suelo Maruja y Gabriel, y éste dejó la moto al lado de la puerta. Cogió del brazo a Maruja y, sin decirle nada, la hizo subir unas escaleras, conduciéndola a un reservado... Una vez allí, encargó al camarero una sabrosa merienda, ilustrada con una botella de solera, diciéndole, una vez que hubo servido:

—Y ahora haga el favor de no interrumpirnos; hasta que no llamemos no se presente por aquí.

—Está bien, señorito—respondió el mozo, con una sonrisa comprensiva.

Gabriel se levantó de su silla para echar el pestillo de la puerta... Luego, dirigiéndose a Maruja, le dijo con naturalidad:

—Bueno, ya estamos solos, absolutamente solos...; y lo primero que voy a hacer es darte un beso en esa boquita de rosa, para ponerme más loco de lo que estoy contigo...

Uniendo la acción a la palabra, Gabriel aproximó sus labios a los de Maruja, sorbiendo ansioso su humedad dulzona...

—¡Que me matas!... ¡Que me matas!...—gemía ella, estremeciéndose ante la caricia enardecedora de su novio...

—¡Que te mato!...—respondió él—. Pues aún no sabes lo que es bueno... Ven aquí...

Gabriel levantó a Maruja de su silla, para sentarla sobre él...; luego desabrochó los corchetes de la blusa de crespón y empezó a bajarla.

—¿Qué haces?—preguntó ella en son de protesta.

—Ahora lo verás—contestó él sin interrumpir su tarea.

Quedaron al descubierto los hombros angulosos, la espalda morena y el arranque del pecho terso... Gabriel introdujo una mano por debajo de la enagua, y, sacando los senos de su prisión, los hizo emerger como dos palomas revoltosas... Luego empezó a juguetear con ellos, pasando las puntitas de sus dedos por los vértices erectos y duros... Maruja se sentía desfallecer...; era aquél un placer superior a sus fuerzas... no le quedaban alientos ni para protestar... Enroscó sus brazos al cuello de Gabriel y dejó caer la cabeza sobre sus hombros, con una languidez de vencida...; y fué tan grande la sensación que sintió, que, haciendo un esfuerzo supremo, dijo a Gabriel, tratando de separarse de su lado:

—¡Por Dios, déjame..., que me matas!...

Gabriel, comprendiendo que para iniciación de la aventura había habido bastante, se limitó a responder:

—Ea, vamos a comer y a beber, para tener fuerzas...

—Sí..., porque yo estoy que no puedo sostenerme.

—Y que todavía no hemos andado ni la mitad del camino...

—Pero no haremos nada más...

—¿Por qué?... Si lo que queda es lo más delicioso.

—Me da miedo...

—¡Bah!... No digas tonterías...

—Sí...; yo he oído decir que las que hacen eso, a lo mejor...

—Yo te prometo que no te ocurre nada...

—No me fío...

—Comprende que tengo tanto interés como tú en que, al menos por ahora, nuestro amor no deje el menor rastro...

—¿Y si a pesar de todo sucede algo?

—Eso no les pasa hoy más que a los tontos... Ya ves que en muchas partes, y en la misma España, hasta los matrimonios limitan el número de hijos a los que les conviene tener...; cosa que yo creo que está muy bien, porque entre tener muchos mal y pocos bien, tú verás lo que es preferible...

—De todas maneras no acabo de convencerme...

—Bueno: ahora come y bebe, que después hablaremos de eso...

Maruja comía con ansia y bebía con placer... El alcohol parecía que le iba dilatando el cerebro, dándole una mayor amplitud de pensamiento, un deseo más vehemente de vivir y de gozar...

De fuera llegaban al reservado las notas suaves y lángui-

das de una habanera, tocada por un organillo chillón y desatinado... Al oírlas, se le ocurrió a Gabriel una idea...

—¿Te acuerdas de lo que te dije la primera tarde que bailamos?—preguntó insinuante a Maruja.

—Me dijiste tantas cosas...

—Pero una que se refería al baile..., a una danza sensual y encantadora...

—¡Ah..., sí!

—¿Quieres que la bailemos ahora?...

—No; eso, no...

—Anda, tonta... Vas a gozar un placer que nunca has sentido...

—No me excites, Gabriel...

—Pero entonces, ¿a qué hemos venido aquí? ¿No dices que deseas conocer todos los secretos del amor?

—Sí...; pero eso...

—Yo creí que eras más decidida...

—Y lo soy...

—Pues anda...

—Tú...

Gabriel respondió a la indicación de Maruja acercándose a ella y empezando ansioso la encantadora tarea de desnudarla... De vez en cuando la besaba y la acariciaba febril..., y ella se estremecía al menor contacto, soñando, además, con el placer que le esperaba... Poco a poco fué desprendiéndose él de su ropa, y haciendo caer la de ella...; a medida que iban mostrando sus desnudeces, aumentaba la excitación de ambos...; en sus ojos brillaba el deseo de prescindir del baile para estrecharse frenéticos; pero, por otra parte, ninguno quiso prescindir de este placer inicial, que les haría sentir con más intensidad el afán que tenían de fundirse en una sola caricia.

Al poco rato, con los cuerpos desnudos y fuertemente enlazados, iniciaban la danza rítmica, lenta y sensual...; de vez en cuando unían sus bocas en un beso cálido y escalofriante...; hasta que, vencidos por el deseo, cayeron sobre un diván, mezclándose los sollozos de él con un alarido de ella, que fué a la vez de placer y de dolor...

*
* *

Después de un largo rato se incorporaron para vestirse...; los dos estuvieron algún tiempo sin hablar, hasta que Gabriel, para romper aquel silencio, preguntó a Maruja:

—¿Qué te ha parecido?...

—Que me voy a pasar la vida deseando estos momentos... —respondió ella con desenfado natural.

—¿Verdad que no hay nada comparable con quererse de esta manera?

—Nada...; la lástima es que no se pueda estar siempre así...

—Pues si tú quisieras..., si no siempre, porque no es posible, podríamos pasar muchos ratos como éste...

—¿No voy a querer?... Ya ves cómo he venido contigo...

—Pero es que aún podíamos hacer algo más...

—¿Más?... No comprendo...

—¿No te encantaría a ti irte conmigo a tierras lejanas, a correr mundos, a estar siempre a mi lado, gozando noches enteras de amor?...

—Me volvería loca...

—Pues si te decidieras podríamos hacerlo.

—¿Cómo?

—Yéndonos al extranjero...

—Pero eso será muy difícil...

—No...; en esta época de verano no exigen pasaportes para cruzar la frontera de Portugal... Lo único que hay que hacer es que pienses el modo de convencer a tu madre para que te deje pasar una noche fuera de casa... Así, cuando quiera darse cuenta de que has desaparecido, será tarde para que pueda buscarte...

—Es una idea encantadora; pero no sé si me atreveré... Abandonar mi casa de esa manera... me parece demasiado.

—Piensa en la felicidad que nos espera; en que lo de esta tarde no es ni una sombra de lo que gozaremos viendo tierras nuevas, lugares desconocidos, ambientes risueños... Correremos por hoteles, por playas, por teatros, por cabarets...

—Calla, calla, que si me sigues hablando en ese plan tan tentador, no voy a poder contenerme...

—Eso es lo que yo quiero..., que no pienses, que no razones, que te dejes arrastrar por tus deseos...

—Es que si fuera así, nos marchábamos ahora mismo...

—Pues vámonos...

—Sí..., nos vamos; pero a Madrid, que ya debía estar en mi casa.

—¿Y de lo otro?

—Lo pensaré...

*
* *

Maruja lo pensó, efectivamente, y cuanto más vueltas le daba al asunto más se decidía a aceptar las proposiciones de Gabriel... Le parecía un sueño gozar de tanta felicidad... Precisamente aquella había sido su ilusión de siempre: correr por tierras desconocidas, sentir a cada momento sensaciones nuevas, emociones diferentes...

Para ultimar el plan se puso de acuerdo con Marta, para decir a su madre que iba a pasar una noche a casa de ella... A Marta le confesó la verdad, contándole la escena del reservado, y otras parecidas que siguieron después...

—Tú no sabes lo que se goza, chiquilla...; si lo supieras...—dijo Maruja como último comentario.

—Lo sé..., ya lo creo que lo sé...—interrumpió Marta, bajando avergonzada los ojos.

—¿Tú?...

—Sí...; pero no se lo digas a nadie...; esto te lo confieso a ti, porque eres mi única amiga verdadera, y con alguien tengo que desahogarme...

—¿Pero cómo ha sido eso?

—Se empeñó Gonzalo en que lo dejara saltar una noche a mi habitación, para quererme "como un maridito...", y yo... fuí débil...; pero te juro que ha sido una vez nada más...

—¿Y no se repetirá?

—No...; pasé mucho miedo... Me figuraba que a cada momento iban a sorprendernos..., y le he dicho que hasta que no nos casemos no vuelvo a hacer lo que hice...

—¿Pero tú quieres casarte?

—Naturalmente... Si no, ¿para qué iba a tener novio?

—Para lo que yo: para divertirme y gozar..., y ahora marcharme con él, y correr por el mundo y ver muchas cosas...

—Me parece que vas a hacer una gran tontería.

—¿Porque me marcho con Gabriel?

—Sí... ¿Y si después de estar contigo unos meses te abandona?

—Otro vendrá...

—O no...

—Los hombres acuden siempre a las mujeres que les ofrecen amor.

—¡Pero debe ser tan desagradable cambiar constantemente de enamorado!... Yo no sabría querer a nadie más que a Gonzalo...; eso sí, por él soy capaz de todo...; pero por otro...

...Por eso para ti será un conflicto que te abandone tu novio...; pero para mí, no..., porque yo estoy loca por Gabriel; pero tengo la seguridad de que, si me jugara una mala pasada, me consolaría en seguida con otro.



IV

El momento de emoción, fué el de cruzar la frontera... Cuando Maruja se vió en el tren portugués, con sus departamentos diferentes, con sus letrones en un idioma que ella juzgaba infantil, ya que entendía a medias las palabras, y hasta cuya locomotora silbaba de una manera distinta, la pareció que todo el peligro se había conjurado... Ya no veía los tricornios de la Guardia civil por las estaciones...; los carabineros portugueses, que resgistraron su equipaje en la Aduana, la parecían buenazos, socarrones, incapaces de proporcionar a nadie el menor disgusto.

La primera parte del viaje, fueron casi solos; pero poco a poco empezó a llenarse de gente el departamento... En Santarem acabó de colmarse, y aun muchos viajeros tuvieron que quedarse en los pasillos... Maruja iba encantada...; por un fenómeno de sugestión, mezclado con una pequeña dosis de realidad, le pareció completamente nuevo el paisaje que contemplaba; más frondoso, más colorido...; y reía y palmoteaba como una loca, cuando cruzaba ante sus ojos la menor nota de exotismo, como el ver a las mujeres con sus gran-

des pañolones, vistosamente coloreados, con sus trenzas colgando, y las cargas más pesadas y absurdas sobre la cabeza.

Pero su admiración no llegó al extremo, hasta que la línea férrea se aproximó al río, y el tren se deslizó, lamiendo sus orillas... Entonces creyó que se encontraba ante un país de ensueño, viendo las barcas de los pescadores cruzar la cinta plateada del agua, viendo las aldeítas pintorescas que se asentaban en los dos bordes del cauce, y hasta algún castillo que se erguía sobre un islote, recibiendo la mansa caricia del líquido azulado...

Llegaron a Lisboa, y fueron en seguida al hotel... Maruja dijo a Gabriel que pidiera un baño, es decir, dos, uno para cada uno...; pero Gabriel consideró delicioso meterse juntos en la misma tina, y pidió uno solo... Una ligera protesta de Maruja, fué la única consecuencia de este atrevimiento de Gabriel... Al poco rato, estaban los dos en el mismo cuarto, desnudándose perezosamente... Luego se llenaron de caricias...; después recibieron juntos la impresión agradable del agua tibia...; y allí mismo, dentro del baño, Gabriel hizo suya una vez más a Maruja, gozando de un placer deprimente, que los dejó extenuados...

Después de friccionarse fuertemente, se vistieron y se lanzaron a la calle. Fueron primero al Rocío, centro del movimiento de la capital portuguesa... Maruja no la cambiaba por la simpática Puerta del Sol...; era más amplia, más regular, tenía un curioso pavimento de mosaico...; pero no era tan alegre, tan castiza como la plaza madrileña. Luego se asomaron a la Avenida de la Libertad...; tampoco podía compararse con el Prado, Recoletos y la Castellana...; después, volviendo al Rocío, fueron por la Rua Augusta a la plaza del Comercio... Esto reconcilió a Maruja con



Lisboa; aquella explanada amplia, rodeada de edificios severos, con la vistosa estructura central, y, sobre todo, el panorama del río a aquella hora crepuscular, con las tintas suaves, con el ambiente lleno de paz y de calma... Sólo este espectáculo merecía la pena de hacer un viaje...

Maruja, sobreexcitada por la poesía del lugar, se apretó más contra Gabriel...; creía ser una heroína de novela, una princesa encantada, que iba con su enamorado recorriendo el mundo en busca de emociones...

—Me parece un sueño todo esto—dijo a su enamorado.

—¿Verdad que sí?—le preguntó Gabriel con entusiasmo.

—Mira que tú y yo en un país extraño, sin más amparo que nosotros mismos, sin más preocupación que estarnos queriendo constantemente...

—Si te dicen a ti esto el día que saliste del colegio...

—Digo que sí... Si era la ilusión de toda mi vida...

—¿Estás muy contenta?

—Mucho...

—¿Y eres muy feliz?

—Como no pensé siquiera que se podía ser en este mundo...

De la plaza del Comercio, volvieron otra vez hacia el centro; estuvieron tomando cerveza, no tan buena como la de su Madrid, según Maruja, y luego se marcharon al hotel.

Maruja no había comido nunca fuera de su casa y del colegio; así es que se quedó extasiada ante el espectáculo del comedor, lleno de luz, de alegría, de mujeres guapas con trajes vistosos, de mangas cortas y escotes pronunciados, con camareros vestidos con el severo frac, que iban a recibir sus órdenes como una criada vulgar; con su orquesta chillona, en un rincón, que animaba la comida con su música cadenciosa y retozona...

De tanto como tenía que admirar Maruja, casi no hablaba a Gabriel...; éste también guardaba silencio, más preocupado que distraído, ya que no sabía cómo iba a terminar aquella aventura, que empezó con tanta facilidad, y que corría el peligro de verse ahogada por falta de medios materiales para continuarla, ya que él no contaba más que con unas cuantas pesetas que el azar puso en sus manos, y que, una vez consumidas, no encontraría medio de reponer...

Pero Gabriel no era de los hombres que se ahogan en un vaso de agua, ni de los que se empeñan en ver la vida por el lado negro...; al contrario, todo lo miraba por su aspecto agradable... Así, pronto desechó sus pesimismos, y se dispuso a gozar de la existencia los días que pudiera; y luego, Dios diría...

Terminada la cena, preguntó cariñoso a Maruja:

—¿Quieres salir un rato, o prefieres que nos acostemos?

—Me gustaría volver al sitio de esta tarde...; de noche, debe estar aquello precioso.

—Pues, vamos.

Fueron otra vez a la plaza del Comercio... El aspecto del puerto a aquella hora era verdaderamente poético... En el silencio y en la calma nocturna, se destacaba el golpear monótono y dulce del agua sobre el muelle y sobre los barcos próximos... De vez en cuando, se oía una canción marinera, que rasgaba el aire con su tono sentimental...; también podían escucharse las notas gangosas de un viejo acordeón, y el chillido metálico de un gramófono. que salía de una taberna del puerto...

—¿No te ponen triste estas cosas?—preguntó Maruja a Gabriel mirándole con un gesto de melancolía...

—¿Triste..., por qué?—dijo él inconmovible...

—No sé..., en realidad no es tristeza, es dulzura, algo que llega muy dentro del alma, y que, cuanto más se siente, más se desea saborear.

—¡Ah, sí!... La poesía de los puertos...; la nostalgia del marinero que recuerda su tierra lejana, las riñas de los mercaderes, que se emborrachan para celebrar el dinero ganado en el último negocio... Todo eso está muy bonito...; pero yo no te conocía en este aspecto romántico...; y no vayas a ponerte cursi, porque no quiero tristezas a mi lado...

Calló Maruja...; no supo qué responder a aquella brusquedad de Gabriel... Ella también era alegre y materialista; pero, de vez en cuando, le gustaba sentir esa dulzura espiritual que tiene cierto sabor de melancolía... Le pareció Gabrielo otro hombre, creyó que algo le había distanciado de él...; y aquella noche, su verdadera noche de bodas, que ella esperaba con tanta ilusión, gozó con su enamorado menos que otras veces...; le pareció que su carne latía superficialmente, que su corazón no vibraba con entusiasmo, que su alma permanecía adormecida ante el contacto carnal...

V

La preocupación de Maruja no la duró casi nada... Su natural alegre y optimista, se sobrepuso en seguida, y fué dichosa, como siempre, con el amor de Gabriel.

A los dos días de su llegada a Lisboa, hicieron la excursión a Cintra... Maruja lo veía todo llena de asombro: aquella vegetación exuberante, aquellas carreteras revueltas y empinadas, por encima de las cuales cruzaban las ramas de los árboles, enlazándose unas con otras, y formando como un dosel continuado, el parque lleno de flores y de lagunas, y, por último, el castillo en lo alto del monte, como un nido de águilas, con sus salones suntuosos, sus explanadas vistosas y sus torreones enhiestos, desde los cuales se divisaba todo el bosque que adornaba sus plantas y las laderas próximas, el reflejo plateado del río, y la azul inmensidad del mar...

—¡Qué delicioso sería vivir aquí siempre!—fué lo único que se le ocurrió proclamar a Maruja—. ¿Por qué no pides una plaza de guarda y nos quedamos en Cintra?...

—Acabaríamos por cansarnos... Estas casas, lo bonito

que tienen, es la impresión de novedad que nos causan; por lo demás, en cuanto se acostumbra uno a ellas, llegan a parecernos vulgares.

—No lo creo...

—Nosotros tenemos en Madrid uno de los parques más bonitos del mundo... Tiene el Retiro algunos rincones, que, la primera vez que se ven, parecen cosa de ensueño...; y, sin embargo, hay gente en Madrid, que se pasa meses y meses sin ir a verlos...

—Quizá tengas razón...

Por la tarde visitaron la quinta de Monserrate, verdadero palacio con parques y jardines exuberantes de vegetación... Cuando Maruja se enteró de que aquello era propiedad particular de un inglés, que iba raramente por allí, estuvo a punto de derretir su indignación... ¿A quién se le ocurría vivir en otro sitio teniendo aquel paraíso?... Y una vez más Gabriel cortó el vuelo a su imaginación, diciéndole:

—Todo lo que se ve o se tiene a diario, por agradable que sea, acaba por cansarnos...

—¿Yo también te cansaré?—preguntó ella, instintivamente...

—Hablo de las cosas materiales; tú, si sólo me gustaras como mujer, llegarías a aburrirme...; pero, por encima de todo, está el cariño, que no se puede borrar nunca...

Maruja llegó a reflexionar sobre lo que le decía su enamorado, cosa que había hecho rarísimas veces... Ella misma, sin darse cuenta del cómo ni del porqué, fué comprendiendo, en días sucesivos, que, poco a poco, iba disminuyendo su entusiasmo por Gabriel... ¡Qué diferencia de aquella ilusión con que se entregó la primera vez, y con que fué dichosa los primeros días de su aventura definitiva, a la frialdad que se iba adueñando de su alma y de su cuerpo!... No podría decir que no fuese feliz, que se hubiese cansado completamente de él; pero su cariño era más sereno, más tranquilo, más igual...; no tenía aquellos arrebatos, aquel ansia de rendirse ante sus caricias...; ahora se entregaba a Gabriel, y gozaba siempre con su amor de una manera inefable, pero no tan fuerte, no tan violenta como las primeras veces... ¿Sería cierto lo que la decía su amante, de que todo lo que se tiene a diario acaba por cansarnos?... ¡Bah!, ni así habría complicación, ya que el remedio era sencillísimo: con cambiar la persona o la cosa que más aburriera...

*
* *

Una mañana fueron a Belem. Después de visitar el convento de los Jerónimos, se marcharon a la playa... Allí estuvo Maruja jugueteando un gran rato con la arena...

—¡Me daba un baño de más buena gana!—dijo, mirando con ansia el agua azulada, que brindaba en las orillas sus leves espumas de plata...

—Si quieres, podemos marcharnos unos días a Monte Estoril—respondió él.

—¿Qué es eso?

—Una playa de postín...

—¿Está muy lejos?

—Aquí mismo... Podemos ir hoy a verla, y regresar esta noche a Lisboa...

—Pues, vamos...; y, si nos gusta, nos marchamos allí...

Al poco tiempo, subieron a uno de los muchos trenes que

hacen el recorrido de Lisboa a Cáceres. A Maruja le encantaba el paisaje: de un lado el mar, de otro leves escarpados llenos de vegetación y poblados de hotelitos... Cuando llegaron a Monte Estoril, Gabriel preguntó a Maruja:

—¿Qué te parece?...

—Un sueño...

Efectivamente, aquel monte poblado de casitas alegres, pulidas, coquetonas, rodeadas de terrazas y de jardines, parecía más la obra de un artista que un capricho de la Naturaleza... Al pie del monte, la playa amplia, con su arena blanca y suave, y las casetas menudas llenas de bandas azules, daban al lugar un aspecto de cosmopolitismo distinguido...

—¿Nos quedamos aquí?—preguntó Maruja.

—Iremos esta noche a Lisboa a recoger el equipaje y a pagar el hotel, y mañana nos vendremos...

* *

Al día siguiente se instalaron en Monte Estoril, dispuestos a pasar allí una temporada... Por las mañanas, apenas se levantaban, se iban a la playa...; allí tomaban el baño: un baño largo, que preparaban recostándose un gran rato sobre la arena, cubiertos solamente con el bañador... Después almorzaban y se acostaban un rato... La tarde la pasaban en la playa o en el casino... Por las noches se quedaban en la terraza del hotel, o volvían al casino cuando daban en él alguna fiesta... Alguna vez que otra, se atrevieron a entrar en la sala de juego y a arriesgar unos escudos...; en general, tuvieron suerte, porque sabían conservar la serenidad...; y lo poco o lo mucho que ganaban, sabían gastarlo en cenar fuera del hotel, rociando las comidas con vinos abundantes y con la elegante espuma del dorado champaña...

Aquellos días de Monte Estoril hicieron renacer los entusiasmos de Maruja, que, en aquel ambiente mundano, en el que se mezclaba la dama linajuda con la cocota distinguida, y en el que tal vez se ocultaban las condiciones más opuestas, siempre bajo la máscara de la más exquisita corrección, se creyó transportada a un país exótico, a un centro de galante perversión, a uno de esos muchos lugares que ella sólo había podido vislumbrar en su imaginación exaltada, aquellos días que soñó con las aventuras más extrañas y más deliciosas...

A medida que pasaba el tiempo, iban haciendo amistad con las personas de la colonia veraniega... Todo el mundo los creía casados, ya que ellos se habían inscrito como tales en el hotel, y, desde luego, siempre figuraban en el grupo de las personas decentes...

Hicieron especial amistad con un matrimonio brasileño, que tenían allí un hotelito de su propiedad... Parecían gente riquísima, a juzgar por el dinero que gastaban...; él era alto, delgado, serio...; ella, baja, algo gruesa y de una dulzura encantadora...; y los dos, correctos, delicados hasta en los menores detalles... Pronto simpatizaron y fueron juntos a todas partes... Gabriel consideró, desde el primer momento, que era aquella una amistad que les convenía, ya que quizá podrían salvarles la situación, en los momentos de angustia que no tardarían en llegar...

Una mañana fueron los cuatro a ver la "boca del infierno". Maruja no pudo contener un grito de verdadero terror, al asomarse a aquella sima, negra y cavernosa, del fon-

do de la cual subía, con el vaivén del oleaje, una columna enorme de agua, coronada de espumas...

—Pueden bajar... si quieren...—les dijo un muchacho que se acercó a ellos.

—A' mí me da miedo—comentó Maruja, asustada.

—Yo creí que era usted más valiente...—arguyó Alvaro, el americano.

—Y lo soy... Fué la impresión de momento nada más...; pero, si hay quien me acompañe, bajo.

—Yo...

—¿Y ustedes no vienen?—preguntó Maruja a Gabriel y a Adelaida.

—Yo, no—respondió ésta—; no tengo agilidad para esas cosas.

—Entonces, me quedaré con usted—dijo Gabriel.

Bajaron Alvaro y Maruja por las rocas ásperas, angulosas, llenas de oquedades con aguas marinas, tapizadas de musgo y de conchas... Algunas veces, tenía que darla él la mano para ayudarla; otras, en un movimiento brusco, o en un paso largo e irregular, se la subía a ella la falda, llegando hasta dejar al descubierto una ancha cinta de sus muslos morenos.

Sentados los dos sobre una piedra en el interior de la sima, dijo Maruja:

—¡Qué fresco más delicioso!... Era cosa de pasar aquí el verano...

—¿Verdad que sí?...

—Yo nunca me figuré que hubiera en el mundo cosas tan bonitas...

—Pues las hay mucho más encantadoras que ésta...

—¿Sí?...

—Si usted viajara por mi país... Aquéllo es un paraíso..., pero todavía virgen, salvaje, sin que la mano del hombre haya intervenido aún, para estropear los prodigios de la Naturaleza.

—¿Usted ha viajado mucho?

—He recorrido todo el mundo...

—¡Qué encanto!...

—Si usted quisiera, podría hacer lo mismo.

—¿Cómo?

—Viniéndose commigo.

—¡Alvaro!...

—No se ofenda usted, Maruja. Cuando yo hago una proposición a una mujer, es porque sé que puedo hacérsela...

—Esa aclaración, me ofende más todavía.

—Tenga un poco de paciencia para seguir escuchando: desde el momento en que la vi, una mañana en la playa, me gustó usted...; me pareció una mujer apasionada, ardiente, amiga de todos los placeres y todos los refinamientos... ¿Me equivoqué?...

—No...

—Sin embargo, y aunque busqué su amistad para estar cerca de usted, supe respetarla siempre. Ni siquiera la hice la menor insinuación en este sentido... ¿No es exacto?...

—Sí...; y por eso me extrañó más su declaración brusca de hoy.

—Es que yo creí que tenía usted un marido digno de todos los respetos...

—Y lo es...

—Gabriel no tiene ya un escudo; lo poco que guardaba se lo dejó anoche en la mesa de juego del casino...; hoy me

ha pedido dinero para marcharse a España; pero él solo... porque piensa abandonarla a usted...

—Eso no es cierto...

—Yo no miento nunca, Maruja... Y ante esta realidad yo le digo...: ¿quiere usted venirse conmigo y abandonarlo antes de que él la deje?

—¿Y su mujer?

—Adelaida no es mi mujer...; es una de tantas mujeres como he tenido en mi vida...

—¿No me engaña usted?...

—Le repito que yo no miento nunca...

—Entonces...

—¿Acepta usted?

—Pero antes ha de convencerme...

—¿Ve usted este cheque firmado por mí?... Mire esta señal hecha en él con lápiz rojo... Ya verá como hoy se lo entrego a su marido, y cómo mañana la pone un pretexto para ir a cobrarlo a Lisboa...

—Si eso fuera cierto...

—¿Qué?...

—Me iría con usted mañana mismo...

*
* *

Todo fué sucediendo conforme a lo anunciado por Alvaro: Gabriel tomó el cheque que le dió el americano, y se fué al día siguiente a Lisboa... Efectivamente, estaba decidido a pasar unos días más con Maruja, y a marcharse solo a Madrid, ya que no podría continuar en aquel plan de vida.

Cuando aquella tarde regresó a Monte Estoril fué al hotelito de los americanos, con los cuales había dejado a Maruja pasando el día, y se encontró a Adelaida sola, recostada indolentemente sobre una enorme turca.

—¿Y Maruja?—preguntó Gabriel extrañado de no verla con ella.

—No está...—respondió Adelaida con cierta indiferencia.

—¿Cómo?

—Que no está...

—¿Pero qué pasa?

—No lo quiera usted saber...: que se ha marchado con Alvaro.

Gabriel sufrió una impresión desagradable, que no pudo disimular, y Adelaida, la mujer pecadora, que, en cuanto un hombre la abandonaba, no pensaba más que en buscarle un sustituto, se acercó cariñosa a él diciéndole:

—¿Y por eso se apura usted?... Si ella se ha marchado, otra vendrá... Por el pronto, lo que debemos hacer es consolarnos, riéndonos de ellos, como ellos se estarán riendo de nosotros...

Gabriel no contestó. Aunque él pensaba haber abandonado a Maruja, le dolía mucho que ésta se adelantara; pero, en medio de su amargura, no podía resistir el perfume sensual que Adelaida despedía, ni la visión de sus formas provocativas, mal disimuladas bajo la bata de seda pregonera, que ella abría cada vez más...

Adelaida, creyendo el momento oportuno para rendir a aquel hombre, se acercó a él y, aplastando su cuerpo macizo contra el de Gabriel, empezó a llenarlo de caricias y de besos...



—¿Qué hace?—preguntó él extrañado, pero en tono de conformidad.

—Quererte..., quererte mucho..., y consolarte de la crueldad de una mujer, que no supo apreciar lo que valías —respondió ella sin dejar de acariciarlo.

—¡Que vas a volverme loco!

—Yo ya lo estoy por ti.

Y una vez más triunfó en la vida el amor sobre el dolor, y Gabriel, sin fuerzas para contenerse, unió sus labios a los de Adelaida... Luego, rodaron ambos sobre la cama turca, que crujió a los bruscos vaivenes de aquellos cuerpos que ritmaron, llenos de entusiasmo, la suprema caricia del amor de la carne.



VI

Desde Lisboa, fueron Alvaro y Maruja a Oporto. En esta población estuvieron tres días; al siguiente de su llegada recibieron un telegrama que decía:

"Consolados de vuestra deslealtad con nuestro amor, mañana salimos para Madrid a pasar la luna de miel,

Adelaida y Gabriel."

—Han hecho lo mismo que nosotros—comentó Maruja.

—¿Ves cómo no se puede uno fiar de ningún hombre?—le preguntó él.

—Ni de ninguna mujer.

—Tampoco.

—Lo que me extraña es que sepan que estamos aquí.

—Se lo dije yo a Adelaida en una carta que la dejé despidiéndome de ella.

—¿Y si nos hubiera perseguido?

—Hubiera perdido el tiempo, porque, como yo no firmo contratos con las mujeres, no me pueden exigir nada.

Los días de estancia en Oporto los pasó Maruja encantada... Sobre todo, las meriendas, la encantaban; en ningún

sitio comió unos dulces tan exquisitos, y esto para ella, que era muy golosa, fué siempre una cuestión de suma importancia... Por las noches, su excursión favorita era al puente de Don Luis, desde cuyo tablero superior se veía la cinta del río, las luces de los barcos y de los muelles, y se percibían los ruidos del puerto...

Desde allí fueron a Galicia, luego a Covadonga, Santander y San Sebastián, y, por último, a principios de otoño, marcharon a París.

Esto era el sueño dorado de Maruja, como el de la mayor parte de las mujeres frívolas, que ven en la capital francesa el espejo del refinamiento y del buen gusto...

Se instalaron en un pisito, coquetonamente amueblado, dispuestos a pasar en París una larga temporada.

Maruja no estaba muy satisfecha del cambio. Alvaro era más emprendedor, más aventurero que Gabriel, quizá porque era más rico; a su lado gozaba toda clase de lujos y comodidades; pero, en cambio, no era tan loco, tan castizo, tan simpático como su primer amante. Con Alvaro no podía tener la misma confianza que con Gabriel...; parecía mirada siempre como mujer pagada, como esclava que vivía a sus expensas, no con el amor y el entusiasmo que, al menos de palabra, le manifestó siempre Gabriel...

Alvaro la dejaba algunas veces en la casa sin decirla dónde iba...; de vez en cuando, la avisaba que no lo esperara a cenar...: era el señor, el comprador, el que tiene segura la pieza...

Hacían una vida completamente disipada: todas las noches iban al teatro, y después a algún cabaret, donde estaban hasta muy entrada la madrugada... A Maruja la encantaban estos centros de diversión, y se volvía loca bailando con Alvaro, que era también un maestro...

Y así pasó algún tiempo hasta que una tarde, en que Alvaro había salido, recibió una carta de éste, enviada con un botones, en la que le decía:

"Hoy salgo de París con una mujer, por la que siento un verdadero capricho. No te molestes conmigo. Lo mismo que dejé a Adelaida por ti, te dejo a ti por esta otra... Soy incapaz de conocer la constancia en el amor, y me pasaré la vida saltando de unas en otras. Pero no te abandono completamente. En el cajoncito de tu *secretaire* te dejé esta mañana un cheque de cincuenta mil francos, con lo cual tendrás lo bastante para orientar tu vida... Además, si alguna vez te encuentras en un momento de apuro, ve a ver a mi banquero, a quien te dejo especialmente recomendada... Creo que, de la pequeña contrariedad que pueda ocasionarte mi abandono, te compensará con creces la ventajosa situación en que te dejo... Siempre fué el dinero un gran consuelo en los trances amargos.

Alvaro."

La impresión que recibió Maruja por el abandono de Alvaro, fué muy relativa; en realidad, casi se la esperaba, ya que, casi desde el principio, comprendió que era un aventurero, que siempre iba en busca de emociones nuevas... Lo que no esperaba, y acabó de llenarla de tranquilidad y hasta de alegría, era el cheque de cincuenta mil francos... Esto representaba para ella casi una fortuna, con la cual tendría lo bastante para esperar tranquilamente la llegada de un

nuevo enamorado, ya que Maruja no se resignaba a privarse de los deliciosos placeres que el amor proporcionaba.

*
* *

La soledad y el aburrimiento que padeció durante los primeros días, le hicieron remover los recuerdos de su pasado...; y una mañana que se encontraba comunicativa, le escribió a su amiga Marta, contándola detalladamente todo lo que le había sucedido desde su salida de Madrid, y pidiéndole noticias suyas...

Maruja se consoló pronto de la pérdida que había sufrido, y volvió a frecuentar ella sola toda clase de cabarets y centros galantes... Algunas noches volvió a su casa acompañada de un hombre, que le pagaba sus caricias con generosidad...; y empezó para ella esa existencia irregular, azarosa, en ocasiones llena de encantos y, a veces, repleta de miserias, de la mujer pecadora que vive dispuesta a ofrecer el sacrificio de su carne y de su voluntad, en aras del placer masculino...

VII

A los pocos días de escribir a Marta, recibió Maruja una carta suya en la que le decía:

"Mi queridísima Maruja: No puedes figurarte la alegría que sentí al tener noticias tuyas... Siempre estaba acordándome de ti, y pensando que eras una ingratona, que me había olvidado... Me figuraba que estabas corriendo por esos mundos de Dios, sin acordarte siquiera de tu amiguita Marta, que siempre te ha querido tanto... Pero, en fin, aunque tarde, veo que me has dedicado unos momentos, que me han producido el mayor placer de mi vida...

Ya sabía que habías terminado con Gabriel, porque lo he visto por Madrid del brazo de una señora gorda, que debe ser la americana de que me hablas en la tuya...; pero también debe haberla abandonado, porque ahora lo veo mucho con una tanguista... Y tú dirás, ¿cómo conoce la inocente Martita a esta clase de gente?... Pues ahora voy a contártelo, aunque sea brevemente..., porque yo también tengo mi historia; no te creas que eres tú sola la que puedes contar aven-

turas..., aunque las mías son, desde luego, más pobres, meson interesantes que las tuyas...

Mi desgracia... o mi fortuna, porque sabe Dios cómo acabaré y cómo hubiera acabado del otro modo, empezó porque me gustaba tanto que Gonzalo me quisiera "como un maridito", que casi todas las noches lo dejaba saltar el balcón para que entrara en mi alcoba... Yo estaba loca, encantada, gozando de un placer desconocido hasta entonces, y que no había podido siquiera vislumbrar; pero se conoce que a él no le pasó lo mismo, y, sin saber la causa, sin el menor disgusto ni la más pequeña explicación, me dejó abandonada...

Yo, al principio, me creí que el mundo se me venía encima; no encontraba consuelo para mi desgracia...; y, comprendiendo que no podía hacer nada para atraerme a Gonzalo, ya que sólo hubiera conseguido sacar a la luz pública lo que me convenía ocultar, me dispuse a resignarme... y a sufrir callada mi mala suerte...; pero, como tengo este corazón tan apasionado, que no puede vivir sin un cariño, en cuanto escuché las primeras palabras de amor de otro hombre, me sentí débil, y me dispuse a entregarle toda mi alma..., y lo que me pidiera de mi cuerpo...

Y, como lo fué pidiendo todo, poco a poco, y yo soy tan complaciente que no sé negar nada a las personas que quiero, pues Enrique, porque se llamaba Enrique, acabó también queriéndome "como un maridito". Pero éste no saltaba el balcón de mi casa para pasar conmigo la noche; me parecía demasiado peligroso seguir el mismo sistema... A Enrique iba yo a verlo todas las noches a su pisito, donde pasábamos unas horas deliciosas..., porque él sí que era un hombre... Gonzalo, a su lado, resultaba un raro, un idiota...; en cambio, Enrique, ¡me enseñó una de cosas!... Bueno, no te las describo, porque no son a propósito para una carta, y porque, además, supongo que te las sabrás de memoria...

Pero también Enrique me dejó cuando más entusiasmada estaba con él...; y ya, ¿qué ibas a hacer?... Yo comprendo que he nacido para pasarme la vida queriendo, y el día que no me entrego a un hombre, lo considero día perdido... Cuando no encuentro quién me quiera, voy a los cabarets a buscarlos...; así he encontrado muy buenos amigos, que han sido generosos conmigo...; pero también he dado con muchos vivos, que, conociendo mi flaqueza, han pasado noches enteras a mi lado, y al día siguiente, me han dado... los buenos días...

Algunas compañeras me dicen que soy tonta, que no sé explotar a los hombres, que no me aprovecho de mi belleza todo lo que podía... Quizá tengan razón...; pero a mí, más que las monedas que puedan darme, me gusta que sepan quererme hasta la locura...

Y eso que, en estos últimos tiempos, les voy tomando cierta aversión... ¡Qué diferentes parecen cuando vienen a nosotras con la ilusión de una conquista, a cuando nos tratan con la indiferencia de una mercancía!... Y no es que yo los culpe a ellos; es natural que se muestren distintos con la mujer que les ofrece su corazón, y con la que es sólo una máquina de placeres materiales...; pero el caso es que a mí, como me den en donde me den, me consideran una de tantas, y es raro el que sabe guardarme la menor delicadeza... Tú también estás enterada de estas cosas, ya que supongo que te sucederá lo mismo que a mí.

En fin, que voy tirando de la vida, a veces con ilusión y a ratos con aburrimiento, y que no sé qué es mejor, si es-

tas oscilaciones que experimento, o verme hecha una madre de familia, con unos cuantos chiquillos llorones y sucios, y soportando los malos modos de un marido gruñón... El que no se consuela en este mundo, es porque no quiere, ya que siempre hay alguien peor que una...

Respecto a lo que me dices de tus deseos de venir a Madrid, creo que puedes hacerlo sin el menor inconveniente, y sin temor a que te cueste la más pequeña violencia...; al principio, efectivamente, da cierta vergüenza exhibirse en algunos sitios, y se está constantemente con la intranquilidad de tropezarse con alguien conocido...; pero en seguida se acostumbra una, ya que para cada uno llega a ser natural la vida que hace, y, además, nadie suele rozarse más que con gente de su clase... Excuso decirte la alegría que sería para mí tenerte a mi lado, y correr juntas nuestras aventuras y comentar todo lo que nos sucediera... ¿Quién nos iba a decir, cuando entramos en el colegio, tan pequeñitas, tan inocentes, con las trenzas colgando, e ignorando hasta lo que significaba un beso, que íbamos a terminar siendo también compañeras en este oficio, que hubiéramos considerado entonces como el mayor de los pecados?... Si nos vieran ahora aquellas monjitas tan sencillas, tan humildes, tan bondadosas, se santiguarían, como se santiguaban cuando delante de ellas se nombraba al diablo.

Y si a mí me dabas una gran alegría con venirte—y a propósito he dejado esto para el final, con objeto de que sea lo que se te queda más grabado de mi carta—, figúrate la satisfacción que le darías a tu pobre madre, con volver a su lado... En esto tienes que reconocer que no te portaste bien. Paso porque la dejases, porque la abandonases para marcharte con Gabriel, ya que nunca hay nadie que pueda sobreponerse a un amor; pero, al menos, debías haberla escrito diciéndola qué era de tu vida, con la seguridad de que te hubiera perdonado, ya que las madres lo disculpan todo... ¡Si tú vieras cómo está!... Yo la veo de vez en cuando...; le enseño tu carta y la pobre llora a la vez de tristeza y de alegría...; le da mucha pena lo que te ha pasado; pero esa amargura la borra con la satisfacción de saber que, en medio de todo, vives dichosa...

Vente, aunque sea sólo por ella...; te querrá, te cuidará, te mimará y no será ningún obstáculo para tu vida, ya que se resignará por todo, con tal de que tú seas feliz... Yo vivo con mi madre, y tú no sabes el consuelo que es, en los momentos de contrariedad y de abatimiento, tener al lado una persona que nos consuele, que nos aliente, que nos seque las lágrimas con verdadero amor. Vente, Maruja, por ella... y por ti...

Y no te escribo más, porque no tengo otra cosa que decirte... De todas maneras, no te quejarás...; y ya charlaremos despacio de todas nuestras cosas...; porque supongo que te vendrás muy pronto por aquí.

Hasta entonces, te envía un abrazo muy apretado y muchos besos de cariño, tu mejor amiga.

Marta."

Maruja leyó la carta de un tirón... Cuando vió las cosas que la decían de su madre, sintió una emoción extrema, un afán de correr a su lado, para compensarla con esta alegría los malos ratos que la había hecho sufrir... Y, por primera vez en la vida, los ojos se le humedecieron ligeramente, con una nube de dulzura que parecía brotarla de lo más hondo del alma...

VIII

Marta y Maruja, cogidas del brazo, entraron en el cabaret...; en una de sus mesas, estaba Gabriel, que, al verlas, se levantó presuroso y se dirigió a saludarlas...

—¡Qué sorpresa tan agradable!...—dijo tendiéndole la mano a Maruja—. A ti también hacía mucho tiempo que no te veía—añadió estrechando la de Marta.

—Ya sabía yo que, de encontrarlo alguna vez en el mundo, sería en un sitio así—contestó Maruja—. ¡Cuidado que has sido golfo toda tu vida!...

—Y lo seguiré siendo, porque es el oficio más agradable... Pero cuidado que te has puesto guapa, mujer... Siempre lo fuiste..., y por eso me volviste loco...

—Más vale que no nos acordemos nada del pasado...

—Bueno, hablaremos del presente..., que es más prometedor...; porque estás para hacer por ti cualquier cosa...

—¿Un viajecito de ida... sin vuelta?

—Si se presenta un americanito por el camino...

—Siempre queda una americanita para servir de consuelo...

—Veo que has echado hasta mal genio...

—No, hijo mío... Soy la mujer más feliz de la tierra...; y el mal genio no lo dan más que las contrariedades...

—Ya te veo que vas con todo postín...

—Suerte que tiene una...

—Pues me da pena encontrarte así.

—¿Por qué?

—Porque tengo la seguridad de que ahora no vas a quererme...

—Naturalmente...

—En cambio, cuando ibas con tus vestiditos de vuela, y tus zapatitos de lona, y tus sombreritos de confección casera...; ¿te acuerdas de aquellos tiempos?

—A la fuerza tengo que acordarme...

—¿Y no los envidias?

—¿Y tú?

—Yo sí...

—Pues yo...; no te contesto...

—Eso es que también los envidias...

Hubo una pequeña pausa, que rompió Gabriel para decir:

—Bueno, la estamos dando el te a Martita, hablando de nuestras cosas.

—No...—respondió ella.

—Sí...; pero todo tiene remedio... ¿Quieres que le avise a Gonzalo?

—¿Pero está aquí?...

—Vendrá en cuanto le diga que tú lo esperas.

—No; eso no...

Me limitaré a decirle que no lo recibirás mal...

—Eso....., bueno...

—Y en cuanto venga, cogemos un auto y nos vamos a la



Bombilla a merendar y a bailar como aquella tarde en que hicimos juntos nuestra primera escapada... ¿Hace?...

—¡Sí, sí!...—exclamó Maruja palmoteando llena de alegría.

Se levantó Gabriel, y fué al teléfono para avisar a Gonzalo... Al poco rato llegó éste, que se reconcilió en seguida con Marta... Luego, los cuatro tomaron un *taxi*, y fueron al mismo merendero en el que iniciaron sus respectivas aventuras... Todos parecían haber vuelto a aquellos tiempos de amor...; se sugestionaron hasta el extremo de hacerse la ilusión de que eran los mismos enamorados de entonces...

Cuando la pequeña banda empezó a tocar un aire cadencioso de moda, Gonzalo dijo a Marta:

—¿Y ahora, no bailas?

—Sí...; no he tenido más remedio que aprender...

—Pues vamos...

Salieron los cuatro...; la gente los miraba extrañados de que hubieran ido allí cocotas de postín... Además, sobre todo, Maruja y Gabriel, llamaban la atención por la maestría con que bailaban... Más que dos cuerpos, parecían uno solo por la precisión de sus movimientos.

—¡Cuidado que eres ladrón!...—dijo Maruja a Gabriel, entornado levemente los ojos con expresión de placer...

—¿Por qué?—preguntó él satisfecho al verla rendida.

—Porque sigues volviéndome loca cuando bailas conmigo.

—¿Nada más que cuando bailo?

—Lo otro..., lo veremos luego...

—¿Pero lo veremos?

—Naturalmente...

Mientras, Marta le decía mimosa a Gonzalo:

—Me hiciste mucho daño cuando me dejaste abandonada; pero todo te lo perdono por el placer que siento ahora al verme entre tus brazos.

—Desengáñate que es mejor lo que ha sucedido: si yo me siento caballero y me dispongo a reparar el pecado que cometimos, a estas horas estaríamos hechos unos pacientes padres de familia, y nos odiaríamos sinceramente, porque los dos habríamos truncado nuestra vida...

—¿Quién sabe?

—Seguro... Tú no puedes negar que te tira un poquito el verde...

—Sí...

—A mí me pasa lo mismo...; así es que, pobablemente, nos hubiéramos sido mutuamente infieles; y lo que hoy podemos ser con naturalidad, lo hubiéramos tenido que tomar en plan trágico...; y eso no...: yo no quiero complicar mi vida con tragedias, pudiendo pasarlo tan bien...

—Tienes mucho talento, Gonzalo: por eso tuve siempre debilidad por ti..., y fuí contigo más feliz que con ningún hombre...

—¿Fuiste?... Y volverás a serlo, ¿verdad?

—Claro que sí...

—¿Y volveré a quererte "como un maridito"?

—Más aun, como un amante; los maridos suelen ser muy sosos y muy monótonos...

Aquella noche cenaron juntos los cuatro, para celebrar el encuentro... Luego cada uno se fué con su antigua novia a casa de ella...; y todos gozaron como iniciados, como novicios, como si fuera la primera vez que dieran rienda suelta a aquel amor de su juventud, que revivía con tanto vigor y tanto entusiasmo como en la vez primera...

Al día siguiente, comentaban las dos amigas su aventura de la noche anterior.

—Me parecía que había vuelto a las primeras noches que entró Gonzalo en mi alcoba—dijo Marta.

—Y yo creí que acababa de fugarme con Gabriel...—respondió Maruja.

—Yo me sentía purificada.

—Yo gocé más que en toda mi vida...

—¿Qué nos habrán dado los muy ladrones, para que nos gusten de ese modo, y todo sepamos perdonárselo?...

—Que al primer amor que se siente en la vida, por mucho que quiera uno olvidarlo, nunca se le puede arrancar del corazón...



LISTA DE LOS NUMEROS PUBLICADOS

Número 1.—*El prodigioso experimento del Doctor Beaucham*, por Anselmo Castalla. (Agotado.)
" 2.—*La escuela de los amantes*, por Valentín de Pedro.
" 3.—*Las voluptuosidades de Celia*, por Alberto Martínez Thomas.
" 4.—*La combinación rosa*, por Julio Cortis.
" 5.—*La moda parisién*, por Valentín de la Villa.
" 6.—*Con cuatro jacas castañas*, por Juan G. Olmedilla.
" 7.—*Memorias de una libertina*, por Guillermina Devrient.
" 8.—*El jardinero mudo, las ocho hermanas y la madre*, por Juan G. Olmedilla.
" 9.—*En la pendiente*, por Diego Collado.
" 10.—*La morfina*, por Victoriano de Saussay.
" 11.—*Todo... a través de la reja*, por Tomás Ortiz.
" 12.—*American film*, por Ricardo Gómez de Osiel.
" 13.—*Una guayabito a lo Penagos*, por José Ortega de Ayala.
" 14.—*Hay que estar siempre encima*, por Jesús France.
" 15.—*Una insaciable*, por Meinrich Wágner.
" 16.—*Una niña desaparecida*, por Eduardo Cordin. (Primera parte.)
" 17.—*Mariquita, cautiva de los moros*, por E. Corbin. (Segunda parte.)
" 18.—*En la casa del pecado, por E. Corbin.* (Tercera parte.)
" 19.—*La ciudad del vicio*, por E Corbin. (Final.)
" 20.—*La dote de Ivonne*, por F. Pintado.
" 21.—*Un hombre de honor*, por Julio Cortis.
" 22.—*Las angustias de Angustias*, por Antonio López.
" 23.—*La señorita curiosidad*, por J. Beguin.
EXTRAORDINARIO-ALMANAQUE, *Memorias de una doncella*, por Octavio Mirboau.
" 24.—*La iniciadora*, por Antonio Molinari.
" 25.—*Una señorita "bien"*, por J. de Valdemar.
" 26.—*Nena Berta*, por Conrado Veira.
" 27.—*Una historia libertina*, por Juan del Brezo.
" 28.—*O-hana-Man, flor de amor*, por el poeta nipón Oshi-Ho-Mimí.
" 29.—*Un sátiro moderno*, por Alvaro Retana.
" 30.—*Una inglesita en Nápoles*, por Pedro Cuenca.
" 31.—*Dos blancas y una negra*, por Cristino Burgos.
" 32.—*Un sistema peligroso*, por Alberto Martínez Thomas.
" 33.—*La novia del Gaucho*, por Valentín de la Villa.
" 34.—*Cuestión de latitud*, por Eduardo Corbin.
" 35.—*Extravíos de una romántica*, por E. Aiyon.
" 36.—*El amante de la más guapa*, por Anselmo Castalla.

" 37.—*Dos aventuras en Escocia,* por Alfredo Linares.
" 38.—*Cómo cayó Inocencia,* por Alberto Martínez Thomas.
" 39.—*La oreja de oro,* por Juan G. Olmedilla.
" 40.—*La prima Ameria,* por Luis Elías Cabanzón.
" 41.—*La esfinge del goce,* por Pedro de Arezzo.
" 42.—*El amor en Oriente,* por Alvaro Retana.
" 43.—*Lilia quería gozar,* por Arturo Medina.
" 44.—*París, ciudad del placer,* por Manuel Reviriego.
" 45.—*Florián, carne de mujer,* por Juan Benjamín.
" 46.—*Limpia de polvo y paja,* por Alberto Martínez Thomas.
" 47.—*La condesita Fidelia,* por José Ortuño.
" 48.—*Safo y los sátiros,* por Alfonso García.
" 49.—*Mis dos primas y yo,* por Luis Elías.
" 50.—*Así, no es pecado,* por Manuel Sierra.
" 51.—*Entre aristócratas,* por J. de Valdemar.
" 52.—*Cuando yo era masajista,* por Soledad Fuendenebro.
" 53.—*La virginidad sospechosa,* por Alfonso Ramos.
" 54.—*El perfume del pecado,* por Luis Elías.
" 55.—*El hombre que fué canapé.*
" 56.—*El hombre que agotó el amor,* por José Peche.
" 57.—*Eva, resucitada. Historia de una aventura.*
" 58.—*La danzarina de Alejandría,* por J. Valdemar.

Conserve cuidadosamente todos los volúmenes de esta colección y llegará a reunir una valiosa biblioteca

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL



Imp. Zoila Ascasíbar y C.ª
Martín de los Heros, 65